

C o o p e r a c i ó n

Por **LUIS GONZALO VICTORIA**

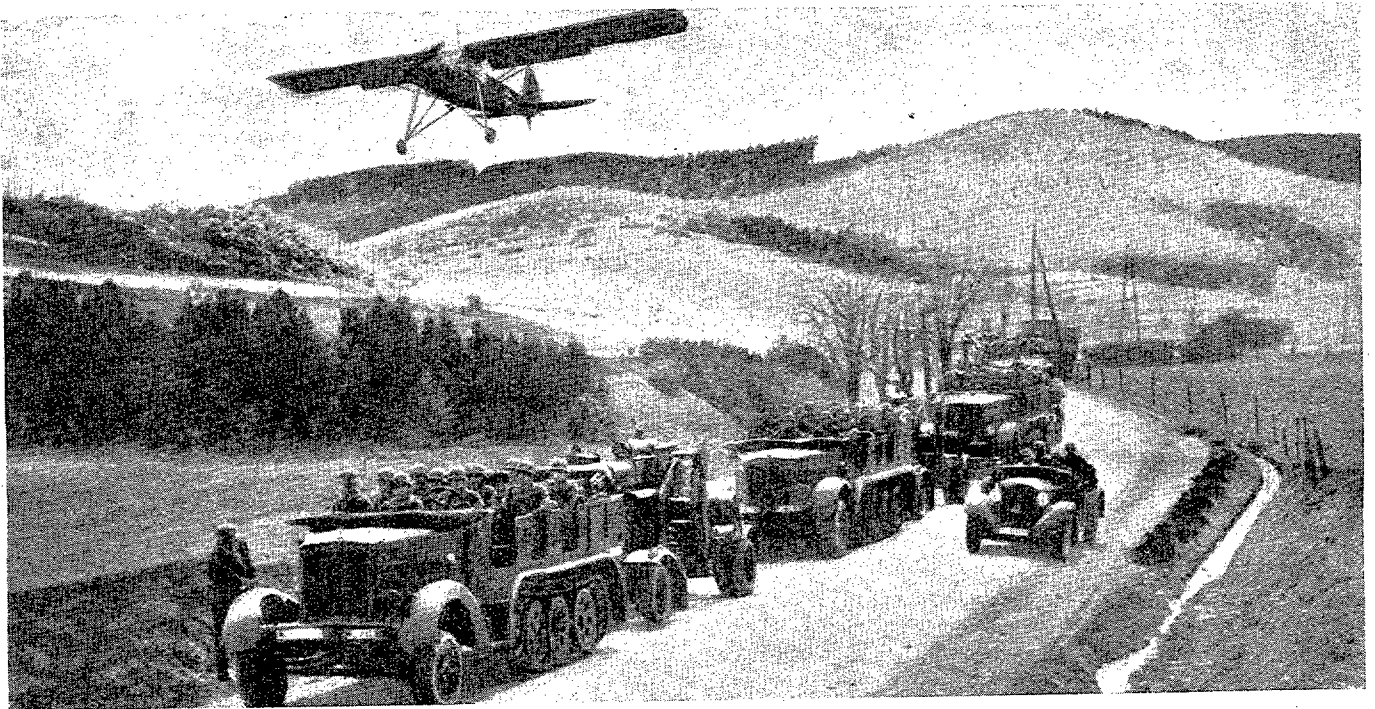
General del Aire

PROGRESIVAMENTE, en las guerras que surgen, se pone cada vez más acentuadamente de relieve la tendencia hacia la "guerra totalitaria". Guerra totalitaria en todos los aspectos que se la mire. Totalitaria, porque es la Nación entera la que contribuye a sostenerla con su sangre, su economía, su industria, su moral. Totalitaria, porque del choque lineal de los Ejércitos combatientes se ha pasado al superficial (y, aún mejor expresado, al volumétrico) de toda la Nación; en parte, por los grandes alcances de la Artillería moderna y, sobre todo, por la posible acción de la Aviación sobre cualquier zona del territorio de las Naciones, dentro del marco de extensión superficial de las europeas. La Táctica, que adapta sus dispositivos de combate a los medios de acción, ha ido adoptando aquéllos en forma cada vez más dispersa y profunda, habiendo llegado a un grado de dilución extrema, escaqueando sus elementos combatientes desde el frente de los Ejércitos de Tierra hasta las regiones más apartadas sobre toda la Nación, para tratar de mantener su integridad o defenderse de ataques que pueden producirse en cualquier punto de la misma. Guerra totalitaria, que impone a todos los ciudadanos, sin distinción de edad ni sexo, la condición de combatientes, pues todos han de ir armados del arma más decisiva en las contiendas guerreras, hoy como ayer, pero hoy en forma más categórica, que es la "Moral".

Arma que es la que el enemigo trata de mellar de antemano para poner a una Nación inerme a su merced.

Con la guerra totalitaria, que se impone principalmente al hacer su aparición en la escena de la guerra el Arma Aérea, se ha puesto de manifiesto la necesidad de llevar a grado extremo de fusión a todos los elementos bélicos de que una Nación dispone y prepara para hacer valer sus derechos en la vida internacional. El infante se hace artillero en la multiplicidad de los medios de fuego de que se ha de dotar para desenvolverse en el infierno, que es hoy la batalla moderna; el artillero monta sus cañones de grueso calibre en carros que le permitan acompañar al infante hasta la posición que ha de ocupar. La Aviación se compenetra con el Ejército de Tierra y con el Ejército de Mar, sirviendo de grapa que une a ambos, los cuales, en otras épocas, absolutamente separados por la línea delimitatoria de sus respectivos elementos, puede decirse que se desconocían.

Es la Aviación, aún en su infancia, la que ha traído este concepto gigantesco de la guerra, aun cuando todavía lucha en muchos países por la consideración de mayor edad entre sus hermanas mayores, instintivamente aferradas a retenerla en su propio seno como elemento auxiliar valiosísimo para cada una de ellas, pero retardando el reconocimiento de sus propias posibilidades.



Un avión de enlace *Fieseler «Storch»*, acompaña, en vuelo lento, una columna motorizada.



Tiro de artillería, corregido por la observación de un avión
Henschel Hs-126.

Naciones como Alemania e Italia, por el contrario, han buscado en el avión, impulsando el mejoramiento de su técnica, adaptando la táctica del Arma del Aire a las crecientes posibilidades que aquél permite, el elemento de guerra más decisivo en la lucha moderna.

Hacia esta predilección se preparó Alemania desde el advenimiento del régimen Nacional-socialista; preparación orientada personalmente por el Führer al encomendar a su lugarteniente, el Mariscal Goering, con carta en blanco, la organización y desarrollo táctico del nuevo y preponderante Ejército del Aire. Cómo el dinamismo y competencia de Goering resolvió este problema salta a la vista en lo que va de contienda internacional actual. La preponderancia de la Aviación alemana en las resonantes y fulminantes campañas de esta guerra no es palabra vana, sino manifestación explícita repetidamente hecha por la persona que más autoridad puede tener en la apreciación de tal prioridad: el propio Führer.

Si dirigimos la vista a Italia, nos encontramos con igual ejemplo. El forjador de la Nueva Nación Mediterránea, desde el primer momento de su victorioso advenimiento al Poder, y como Ministro propiamente del Aire, señala al hombre más dinámico de los que le rodean, a Balbo, recientemente perdido en holocausto de la Patria, y le concede amplísimas facultades para movilizar las energías nacionales en pro del resurgimiento de una poderosa Armada Aérea. Como acto simbólico de su decisión, el propio Duce ofrece su persona a esta creación, y se hace piloto.

Mientras, otras Naciones recortaban las plumas a sus alas. Francia posterga a su Aviación, puesta en ma-

nos de políticos incompetentes y al servicio de cualquier poder menos el de su Patria, como Pierre Cot. Inglaterra sufrió análoga desviación hacia su preparación aérea, y cuando surgieron los grandes problemas internacionales se encontró en manifiesta inferioridad de sus rivales, dando la serie de traspiés diplomáticos precursores de la situación militar crítica en que se encuentra. Fué primero con Italia, en su oposición a la acción de ésta en Abisinia, cediendo en la tensión ante la amenaza de las escuadrillas de la Muerte, de Balbo. Fueron después las etapas de la anexión de Austria a Alemania y demás pasos dados por ésta en su influencia centroeuropea hasta la Conferencia de Munich, compás de espera que se dieron los dos países democráticos para recuperar su retraso en Aviación, contando con la ayuda de la poderosa industria yanqui.

Ambas situaciones, en el Mediterráneo y en la Europa Central, fueron victorias conseguidas por la acción, en potencia exclusivamente, de las Aviaciones del Eje.

Los tres elementos de la Defensa Nacional no pueden ser compartimientos estancos, sino fuerzas que partiendo de diverso origen, por el medio en que se mueven, la Nación debe sabiamente emplear, conjunta o separadamente, en su máximo provecho. Para regular esta acción existen hoy los Altos Estados Mayores, donde se coordinan los planes de guerra en su totalidad. En su organización entran representantes de los distintos Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Su importancia cada vez se pone más de manifiesto, y con su competencia facilitan al Mando Superior la oportunidad de empleo de uno u otro ariete de la guerra.

La contienda actual, de la que habrá que separarse en tiempo para evitar errores de perspectiva en la deducción de enseñanzas sólidas y duraderas, debe hacer destacar, no lo que sea episódico, pues esto, con parcialidad sujeta a los especiales puntos de vista de cada uno, nos hace propensos a generalizar en pro de determinada argumentación, forzando la consecuencia a deducir; sino aquello que a través de los partes oficiales y repetición en las ya varias campañas de esta guerra permiten llamar nuestra atención como principios que quedarán en el Arte Militar con cierto carácter de permanencia.

Uno de estos principios es que la guerra se desarrolla sobre un fondo obligado de Aviación, telón de fondo, que es el primero que hay que extender antes de emprender un ciclo de operaciones. Es lo que se viene llamando "dominio del aire". El cielo que cubre la tierra, como el que cubre el mar, en la zona propiamente de guerra, se llena permanentemente del zumbido de la Aviación, del tableteo de las ametralladoras, de la horripilante trepidación de los bombardeos, de los haces luminosos que rasgan el cielo en busca de los aviones.

Cuando el Mando Supremo estima aquel dominio suficientemente alcanzado se ponen en acción operaciones de superficie, en las que también tiene marcada su continuidad de función el Ejército del Aire. Para la Aviación no hay descanso. Esta condición es específica del Arma y se puso ya de manifiesto desde el origen de su aplicación bélica. Recordemos nuestras campañas de Marruecos, cómo con escasos elementos teníamos que acudir a una acción intensiva en los interva-

los entre ciclos de operaciones, y luego, aún más, en el desarrollo de éstas.

Por esta complejidad de la guerra moderna, en la que es preciso graduar la intensidad de acción en momento y lugar de cada uno de los elementos de guerra, aislados unas veces, en acción conjunta otras, se comprende la gran importancia para el Mando de la existencia de los Altos Estados Mayores, donde se coordine la cooperación por alto. De ellos debe formar parte personal seleccionado de los tres núcleos armados.

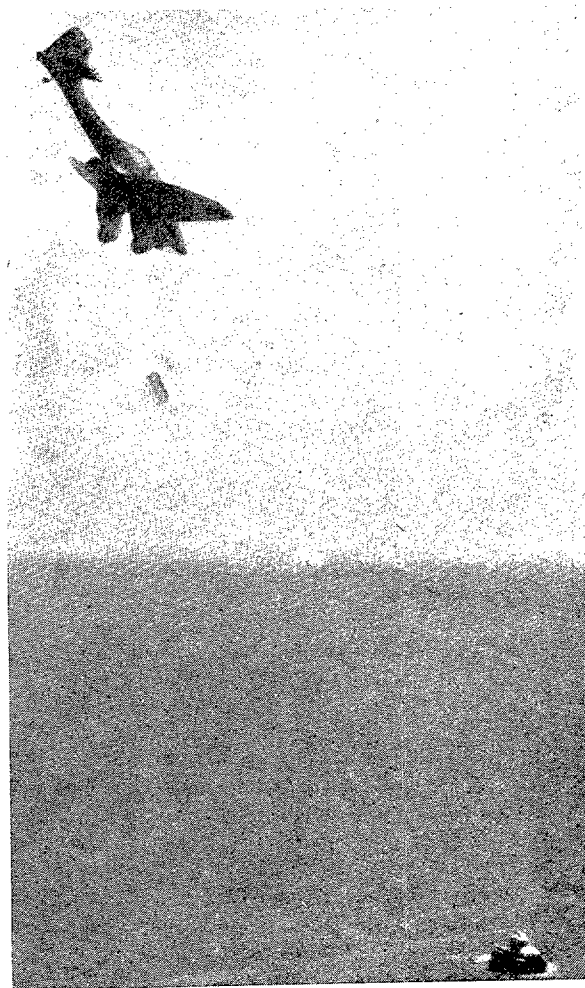
Si de alto a abajo vamos considerando la guerra, en todo "escalón" se necesitará el organismo de contacto para hacer fructífera la cooperación.

La Aviación, con las unidades motorizadas, tema interesante de actualidad y que desde el inicio de la actual contienda en Polonia, y después en Noruega y frente occidental, ha tenido lugar en forma continua. Se adivina cuán detenidamente ha de haber sido estudiado este problema. La vida y combate de estas grandes Unidades Motorizadas, una vez lanzadas por territorio enemigo, "sin mirar atrás", puede decirse que depende de la propia Aviación; su situación, exploración y seguridad, ella se lo proporciona; su abastecimiento, en aquello que no pueda resolver sobre el terreno que ocupa, y ello será lo normal, por el aire principalmente les ha de llegar; la Aviación de asalto y bombardeo será su mejor colaborador y apoyo para facilitar sus rupturas y maniobras.

Otro tanto puede decirse de la acción conjunta de las Unidades Aéreas y las de Infantería. Con Artillería, para la mayor eficacia de sus fuegos. Con el propio Mando de Grandes Unidades, para su mejor información y enlace entre sus distintos órganos y elementos. Y siempre y por encima de todo, su acción destructora y desmoralizadora sobre el combatiente enemigo en tierra, y, en contraste, la exaltación en el propio, enardeciendo su espíritu combativo.

Si dirigimos la vista a la Marina y no olvidamos nuestra situación insular entre mares de primera categoría en las relaciones internacionales, es el tráfico marítimo objetivo que en ataque y defensa coinciden ambos elementos de guerra. Es la eficacia de una exploración sobre considerable superficie, ya en favor de puntos vulnerables de nuestras costas o en beneficio de nuestra Escuadra; eficacia que se hace patente por la enorme diferencia de velocidades entre el navío y el aeroplano. Es el dominio de puntos vitales que la Geografía pone en nuestras manos, así como la defensa y comunicaciones con nuestros territorios de allende el mar. Es, por último, la intervención de las Unidades Aéreas antes, en y después de los combates navales y en la lucha contra el submarino.

En todas las circunstancias de que se hace mención se necesita el contacto entre los elementos cooperadores en la ejecución de misiones. En unas ocasiones será uno de ellos el que prepondere como actor principal, al que, naturalmente, le corresponde la máxima responsabilidad en la dirección, mientras los otros dos prestan su eficaz ayuda. Claramente se destaca en la actual contienda el papel preponderante de la Marina para cerrar el tráfico en las grandes rutas (lo mismo si nos referimos a Inglaterra que a Alemania, cada una en relación con sus medios) y la eficaz ayuda en acción más localizada, si bien en zona más intensamente



Ataque de un «Stuka» contra un tanque.

importante, de la Aviación, y en menor escala, del Ejército de Tierra. Vemos igualmente cómo éste desarrolla su acción por derrumbamiento de frentes para invadir extensos territorios, destruyendo los Ejércitos contrarios (Francia, Bélgica, Somalia, etc.) con la cooperación de la Aviación y de la Marina, y cómo la Aviación por sí produce el colapso de la defensa de Polonia, desarticulando su organización nacional integral, resuelve la ocupación de Noruega y acomete la increíble empresa, actualmente en ejecución, de dar el golpe mortal al secular poderío del Imperio inglés.

La Aviación, que no tiene solución de continuidad en su empleo, pasa, pudiéramos decir insensiblemente, de la zona de acción de los Ejércitos terrestres a la de las Escuadras navales. Une en cierto modo a uno con otro Ejército y hace posible la cooperación integral entre los elementos bélicos de una nación.

Si la cooperación ha de ser eficaz es imprescindible que en cada momento corresponda la parte directora de ejecución al elemento bélico a quien alcance en mayor grado la función resolutive que marque el carácter de la acción y que la compenetración, tanto en los Altos Organismos de coordinación como en todos los escalones donde se establezca el enlace, sea perfecta y preparada desde tiempo de paz por el conocimiento que debe difundirse dentro de cada Ejército de la organización y táctica de los otros dos.